

XXIV Domingo Tiempo Ordinario

Éxodo 32, 7-11. 13-14 Timoteo 1, 12-17 Lucas 15, 1-32

***“Este hijo mío estaba muerto y ha revivido;
estaba perdido, y lo hemos encontrado.”***

12 Septiembre 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“HIJO, TÚ ESTÁS SIEMPRE CONMIGO, Y TODO LO MÍO ES TUYO”

Es largo el camino que lleva al encuentro con la misericordia. Un camino largo porque nosotros, por orgullo o por necesidad, hacemos que sea más largo ese camino que sana el alma. Nos juzgamos y nos condenamos cada vez que caemos. No sabemos volver a casa cuando hemos perdido el camino, porque tememos el castigo. Sin embargo, en lo profundo del corazón, lo sabemos, necesitamos el perdón, necesitamos experimentar la misericordia en nuestra vida, necesitamos estar en paz y sabernos amados. Una frase expresa el sentido del camino que tenemos que recorrer: *“Pídele perdón y deja que su perdón te cure”*¹. Pero, ¡Cuánto nos cuesta pedir perdón, reconocer nuestra caída y arrodillarnos para suplicar misericordia! ¡Cuánto nos cuesta entender que Cristo tiene la llave de nuestra felicidad, cuando nos abajamos y dejamos que su amor nos sane! Jesús nos regaló tres parábolas, tres historias, para intentar desvelarnos el misterio de la misericordia de Dios. Sin embargo, cada vez que nos detenemos ante la parábola del hijo pródigo, lo hacemos con sorpresa y sin saber muy bien qué vamos a encontrarnos. Vamos a recorrer hoy este camino. **Recorramos los pasos del hijo que vuelve a casa.**

ES MUY FÁCIL LLEGAR A PERDERNOS, PORQUE EL CAMINO QUE SE ALEJA DE DIOS ES FÁCIL. Así expresa el Éxodo cómo el corazón del hombre se aleja rápidamente de su Dios: *“En aquellos días, el Señor dijo a Moisés: «Anda, baja del monte, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto. Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un novillo de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: ‘Éste es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto.’”* Hacemos becerros de oro con mucha facilidad. Adoramos ídolos a los que podemos seguir. Nos alejamos del cielo cuando el corazón se apega a la tierra. Nuestros becerros de oro se adueñan del corazón y no nos queda espacio para Dios. ¡Qué difícil es la fidelidad en el camino marcado! Sabemos que Dios es fiel a su alianza, entendemos que ha estado presente siempre en nuestro camino, sin embargo, llegado el momento de la verdad, nos olvidamos y nos atamos a esos ídolos que no son Dios. La parábola del hijo pródigo explica cómo suele comenzar todo: *“Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: ‘Padre, dame la parte que me toca de la fortuna.’ El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente”*. Todo comienza en lo más secreto del corazón. El hijo quería recorrer su camino y hacer sus planes. Tantas veces queremos ser felices y creemos que yendo por nuestro camino todo será más fácil. El P. Kentenich comenta lo fácil que nos resulta quedarnos en nuestra providencia humana: *“¿Por qué los planes de los hombres son a menudo totalmente diferentes de los de Dios? Porque el plan que Dios ha trazado apunta siempre al más allá, al cielo. Nosotros sólo miramos la vida del hombre aquí en la tierra. Es la razón de que la providencia terrenal sea esencialmente distinta de la*

¹ La Cabaña, W. Paul Young

*Divina Providencia*². Y del mismo modo ocurre en nuestra vida cuando nos alejamos de Dios. Cuando dejamos que el amor se enfríe. Cuando empezamos a sentirnos atados por las normas y creemos que necesitamos más libertad. Cuando la casa, nuestra propia vida, se nos hace estrecha y agobiante, como al hijo menor. Es entonces **cuando huimos de nosotros mismos, pedimos nuestra parte en la herencia y le cerramos la puerta a Dios.**

EL CAMINO DE REGRESO ES MÁS DIFÍCIL Y COMIENZA CON EL HAMBRE, NO TANTO CON EL ARREPENTIMIENTO: *“Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces, se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre”. Se puso en camino a donde estaba su padre”.* Explica **S. Ambrosio que:** *“Las algarrobas son una legumbre vacía por dentro y blanda por fuera, con la que el cuerpo no se alimenta, sino que se llena”.* Cuando el corazón está vacío, cuando los amores son frágiles, cuando la soledad abruma, entonces, tal vez, es posible querer volver a casa; cuando descubrimos con dolor que nuestros ídolos nos dan sólo una felicidad pasajera y demasiado fugaz, que no nos llena, surge el anhelo de una plenitud soñada; entonces, tal vez entonces, encontramos las fuerzas suficientes para querer volver a empezar. No es el arrepentimiento sincero el punto de partida, sino el hambre. El hijo menor, que ha tirado su herencia y ha desperdiciado su vida, vuelve porque tiene hambre. No echa de menos el abrazo de su padre, ni su compañía, porque no conoce a su padre. No vuelve porque esté arrepentido del curso que ha tomado su vida. **No, simplemente vuelve por hambre.**

Nosotros tenemos algo de ese hijo pródigo. Más aún, nosotros somos o hemos sido y lo volveremos a ser, el hijo pródigo. Cada vez que nos alejamos de Dios, cada vez que los ídolos de oro llenan nuestra vida, cada vez que desperdiciamos nuestros talentos egoístamente buscando el placer pasajero y la felicidad del mundo, en esos momentos, somos el hijo pródigo que vive lejos de su casa. Ese hijo pródigo se conforma con una vida mediocre, se arrastra y lo asume como parte de su condición, vegeta y tolera el hecho de no vivir de verdad. Ese hijo pródigo se acostumbra a la vida que lleva y no está dispuesto a hacer cambios. Ha asumido que no puede ser más feliz aquí en la tierra y siente que no le debe nada a su padre. En realidad, no nos importa ser hijos pródigos, es decir, hijos que han dilapidado sus bienes. Nos parece que es lo más normal, aquello a lo que podemos llegar sin mucho esfuerzo. Nos resulta atractivo y valiente este hijo pródigo que se ha atrevido a dejarlo todo y a emprender un camino propio. La vida del hijo pródigo, en la que se tiene hambre, puede prolongarse indefinidamente. Hace falta más valor para volver al Padre que para alejarse de Él. El hijo pródigo teme el castigo, pero tiene demasiada hambre. **No basta con tener un poco de hambre, hace falta mucha hambre para estar dispuestos a volver.**

NUESTRO CORAZÓN NO ENTIENDE LO QUE ES LA MISERICORDIA Y EL PERDÓN. Por eso nos cuesta tanto tomar la decisión de volver a casa. Nos pasa como al hijo de la parábola, que, al no conocer a su Padre, cree que lo que le espera es algo muy diferente: *“Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”*. El hijo no sabe lo que es la misericordia y no entiende quién es su padre, aquel al que dejó, llevándose su herencia. El hijo sabe lo que es justo y cree que ya no puede ser llamado hijo, sino jornalero. Porque ha pecado, ha ofendido a su padre y ha perdido todos sus bienes y derechos; por culpa de su pecado no hay perdón para él. El hijo tiene grabada en su corazón la imagen de un padre que es un juez inflexible. Ante ese padre no hay perdón posible. Por eso es

² J. Kentenich, “Lunes por la tarde”, T. 21, 201

tan difícil el regreso a casa. Muchas veces cuando pecamos nos alejamos de Dios y no nos atrevemos a acercarnos de nuevo. Vemos a Dios como un juez justo e implacable que no va a permitir que el juicio nos sea favorable. Nosotros mismos ya nos hemos condenado y hemos dictado la sentencia. Y no hay salvación. **Tenemos poca misericordia con nosotros mismos y nuestras caídas, y ello nos lleva a ser también poco misericordiosos con los demás. La justicia nos resulta más importante que la misericordia.**

LA ALEGRÍA BROTA EN EL CORAZÓN CUANDO ENCUENTRA LO QUE ESTABA PERDIDO. Las tres parábolas expresan lo mismo: alegría con el reencuentro. Primero **la oveja perdida:** "En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos: «Ése acoge a los pecadores y come con ellos.» Jesús les dijo esta parábola: «Si uno de vosotros tiene cien ovejas y se le pierde una, ¿no deja las noventa y nueve en el campo y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al Regar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos para decirles: ¡Felicitadme!, he encontrado la oveja que se me había perdido. "Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse". En segundo lugar, **la moneda de gran valor que estaba perdida:** "Y si una mujer tiene diez monedas y se le pierde una, ¿no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas para decirles: ¡Felicitadme!, he encontrado la moneda que se me había perdido. " Os digo que la misma alegría habrá entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta." En tercer lugar, **el abrazo del padre:** "Y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo". La alegría brota en el corazón al encontrar lo que había perdido. El pastor se alegra con la oveja, la mujer con la moneda, que es su medio de vida, y el padre, con el regreso del hijo que estaba lejos. **En los tres casos la alegría es el comienzo de todo.**

Esta semana hemos celebrado dos grandes fiestas de nuestra Madre y el corazón se alegra: su Natividad y el dulce nombre de María. Dos fiestas que nos hacen volver la mirada hacia Ella buscando la paz y la alegría verdadera. Decía la **Madre Teresa:** "En nuestra congregación, le decimos a menudo a Nuestra Madre que Ella es la razón de nuestra alegría, porque Ella nos dio a Jesús. ¿Podríamos nosotras ser la razón de su alegría, porque nosotros les damos Jesús a los otros?" María es causa de nuestra alegría porque nos acoge como somos, porque nos eleva al corazón del Padre donde somos abrazados en nuestra pequeñez y nos recuerda que no tenemos nada que temer, **Ella está a nuestro lado.**

EL ABRAZO DEL PADRE ES LA IMAGEN MÁS CLARA DE LA MISERICORDIA: "Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo. " Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado." Y empezaron el banquete". El abrazo expresa el deseo de comenzar todo de nuevo. Es la expresión más grande de un amor que no nos pide cuentas y ama sin exigir buena conducta. El abrazo es el símbolo de la acogida. ¡Cuánto nos cuesta abrazar y dejar que nos abracen! Nos incomoda el abrazo que implica entrega sin reservas y amor sin condiciones. Un abrazo y una fiesta para celebrar cuánto valemos, nos incomodan. No nos gusta tanto que nos muestren lo que nos quieren. Es lo paradójico, sufrimos cuando no somos amados y huimos de un amor que se expresa en un abrazo. Nos cuesta dejarnos querer. Por eso es tan importante este abrazo. El hijo pródigo no lo esperaba, pero anhelaba todo lo que encerraba ese abrazo. Al sentirse abrazado se deja querer y su vida, entonces, no antes, puede empezar el verdadero camino a casa. **En ese abrazo experimenta el hijo el amor incondicional, el amor que no pretende nada, que no espera nada, que sólo se da sin reservas.**

Sin embargo, nos resulta extraño el abrazo. ¿Cuántas veces somos abrazados en nuestra vida? ¿Cuántas veces abrazamos nosotros? El abrazo expresa un amor de padre que busca al hijo. Un padre que nos sigue resultando lejano e inexistente. Nos cuesta entender a este padre de la infinita misericordia. Nos resulta más cercana y admisible la reacción del Dios de Moisés: «*Y el Señor añadió a Moisés: «Veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Por eso, déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti haré un gran pueblo.»* Si la justicia se impone todo vuelve a su cauce. Pero esta escena nos resulta demasiado idealista. No creemos en padre que perdona sin castigo, sin palabras de reproche, sin críticas ni condiciones. En el fondo del corazón pensamos: «*Este padre no puede ser modelo de padre para nadie. Así, ¿cómo va a educar a su hijo?*». Lo pensamos y creemos que una misericordia así no existe ni en la tierra ni en el cielo. *Pero, ¿es verdad? ¿No es real este padre que nos muestra la parábola?*

ES NECESARIO VIVIR LA EXPERIENCIA DEL HIJO PRÓDIGO, EL ABRAZO DEL PADRE, PARA QUE TODO CAMBIE. La imagen que expresa la misericordia es doble: el abrazo del padre al hijo y el pastor llevando sobre sus hombros la oveja perdida. Dice S. Gregorio Niceno: «*Cuando el pastor encuentra la oveja, no la castiga ni la conduce al redil violentamente, sino que, colocándola sobre sus hombros y llevándola con clemencia, la reúne con su rebaño.*». El gesto de delicadeza y amor es el mismo en ambos casos. Ese amor es verdadero. Es el amor que Dios nos promete y nos lo ha dado en el abrazo de Cristo en la cruz. Es la misericordia que nos expresa cada vez que volvemos a Él arrepentidos. **San Pablo** lo vivió en su carne: «*Doy gracias a Cristo Jesús, nuestro Señor, que me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio. Eso que yo antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente. Pero Dios tuvo compasión de mí, porque yo no era creyente y no sabía lo que hacía. El Señor derrochó su gracia en mí, dándome la fe y el amor en Cristo Jesús. Podéis fiaros y aceptar sin reserva lo que os digo: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero. Y por eso se compadeció de mí: para que en mí, el primero, mostrara Cristo Jesús toda su paciencia, y pudiera ser modelo de todos los que creerán en él y tendrán vida eterna. Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.*». Timoteo 1, 12-17. Muchas personas no han vivido la experiencia que describe S. Pablo y **no han experimentado un amor sin medida en sus vidas. Por eso nos cuesta tanto ser misericordiosos.**

NUESTRA MISIÓN: REGALAR LA MISERICORDIA DE DIOS A LOS HOMBRES. Estamos llamados a ser un signo de la misericordia de Dios. Estamos llamados a perdonar a los otros. Nuestro abrazo es reflejo del abrazo recibido. El otro día leí una frase que expresa esta necesidad de perdonar: «*Perdonar no es olvidar, es soltar el cuello del otro. Cuando decides perdonar a otro, lo amas como es debido. Es necesario adoptar la naturaleza que encuentra más poder en el amor y en el perdón que en el odio*»³. Nuestro perdón hace posible que muchos reciban el amor incondicional de Dios: «*Entonces Moisés suplicó al Señor, su Dios: «¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de Egipto con gran poder y mano robusta? Acuédate de tus siervos, Abraham, Isaac y Jacob, a quienes juraste por ti mismo, diciendo: "Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que he hablado se la daré a vuestra descendencia para que la posea por siempre."»* Y el Señor se arrepintió de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo». Éxodo 32, 7-11. 13-14. Nuestra vida puede acercar a muchos a Dios, cuando perdonamos, cuando somos misericordiosos. **Dar nuestro perdón es la fuente de la verdadera alegría.** Sin embargo, muchas veces no somos capaces de perdonar. El otro día leía: «*¿Quieres ser feliz por un instante? ¡Véngate! ¿Quieres ser feliz para siempre? ¡PERDONA!*». La verdadera alegría brota de **un corazón que ha recibido el perdón y es capaz de perdonar sin rencor.**

Es necesario vivir la misericordia de Dios, el abrazo de Dios, para sanar el corazón. Por

³ La Cabaña, W. Paul Young, 236

eso comenta **S. Juan Crisóstomo**: “Así como por medio del agua y del Espíritu nos purificamos, así también por medio de las lágrimas y de la confesión”. El camino para experimentar ese abrazo son las lágrimas y la confesión. Hoy en día cuesta mucho recurrir a este sacramento. Cuesta encontrar el tiempo para recibir ese abrazo sencillo de Dios, ese abrazo que puede cambiarnos la vida. Sólo en él encontramos el camino de regreso a casa. **Sólo en esa vuelta al hogar es posible la conversión**. Porque el deseo más profundo del alma es el deseo de una verdadera conversión. Así lo dice el salmo: “Me pondré en camino adonde está mi padre. Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado. Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme; no me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu. Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza. Mi sacrificio es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias”. *Sal 50, 3-4. 12-13. 17 y 19R.* Queremos cambiar. **En el fondo del corazón queremos empezar un nuevo camino, ponernos unas nuevas sandalias y el anillo del hijo.**

LA DESCONCERTANTE PRESENCIA DEL HIJO MAYOR: “Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Éste le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud.” Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado.” El padre le dijo: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado.”» *Lucas 15, 1-32.* La presencia del hijo en la casa del Padre es como la presencia de las 99 ovejas que quedan seguras en el redil. El hijo permanece siempre en casa y puede disfrutar de la presencia constante de su padre y de la paz del hogar. Sin embargo, su reacción revela su malestar. El hijo mayor no conoce al padre, no sabe alegrarse con él ni con su hermano. La presencia del hijo mayor en la parábola nos toca especialmente. **¿Acaso no nos parecemos bastante al hijo mayor? ¿No reaccionamos así muchas veces ante la alegría de los otros, ante el regreso a casa de los arrepentidos?**

El hijo mayor en sus palabras y en su reacción nos resulta muy familiar. Nos parecemos mucho al hijo mayor. Nos llenamos de amargura y se va la paz. No disfrutamos de lo que tenemos; nos parece peor nuestra suerte y nuestros éxitos son menos importantes que los de otros. Nuestra vida menos atractiva, nuestra casa más fea. Las comparaciones siempre introducen en el corazón la semilla de la amargura. Poco a poco nos llenamos de envidia y brota del corazón una crítica continua. El otro día un amigo comentaba algo muy cierto: “Cuando no hay paz en nuestra alma, cuando no somos felices con los que tenemos, es cuando surge la crítica fácilmente y nos llenamos de amargura”. El hijo mayor no conocía al padre. Sólo vivía a su lado y cumplía con todo. No conocía su abrazo. Siempre pensaba que merecía más, que no recibía lo suficiente, que no era amado como debía. Y veía en su hermano el reflejo de lo que no correspondía. Por eso no entiende el premio después del castigo, y la fiesta después del desprecio. No comprende la misericordia y no acepta que su hermano reciba algo más que él. Porque él sí ha cumplido, él se ha comportado correctamente y no ha recibido nada a cambio. Nosotros podemos caer en lo mismo. Pensamos que hacemos las cosas bien y nadie nos valora lo suficiente. Hacemos todo para recibir premio y envidiamos la audacia de los que están lejos de la Iglesia y de Dios. Vemos el amor como una serie de mandamientos y añoramos una vida sin normas, más libre. Vivir así en casa del Padre es una esclavitud y así es como vivimos a veces en la Iglesia. Todos tenemos algo de este hijo mayor y todos queremos quitarnos las cadenas que a veces nos atan. **Cuando entendamos que estar en casa con el Padre es el mayor regalo, dejaremos de vivir con amargura.**